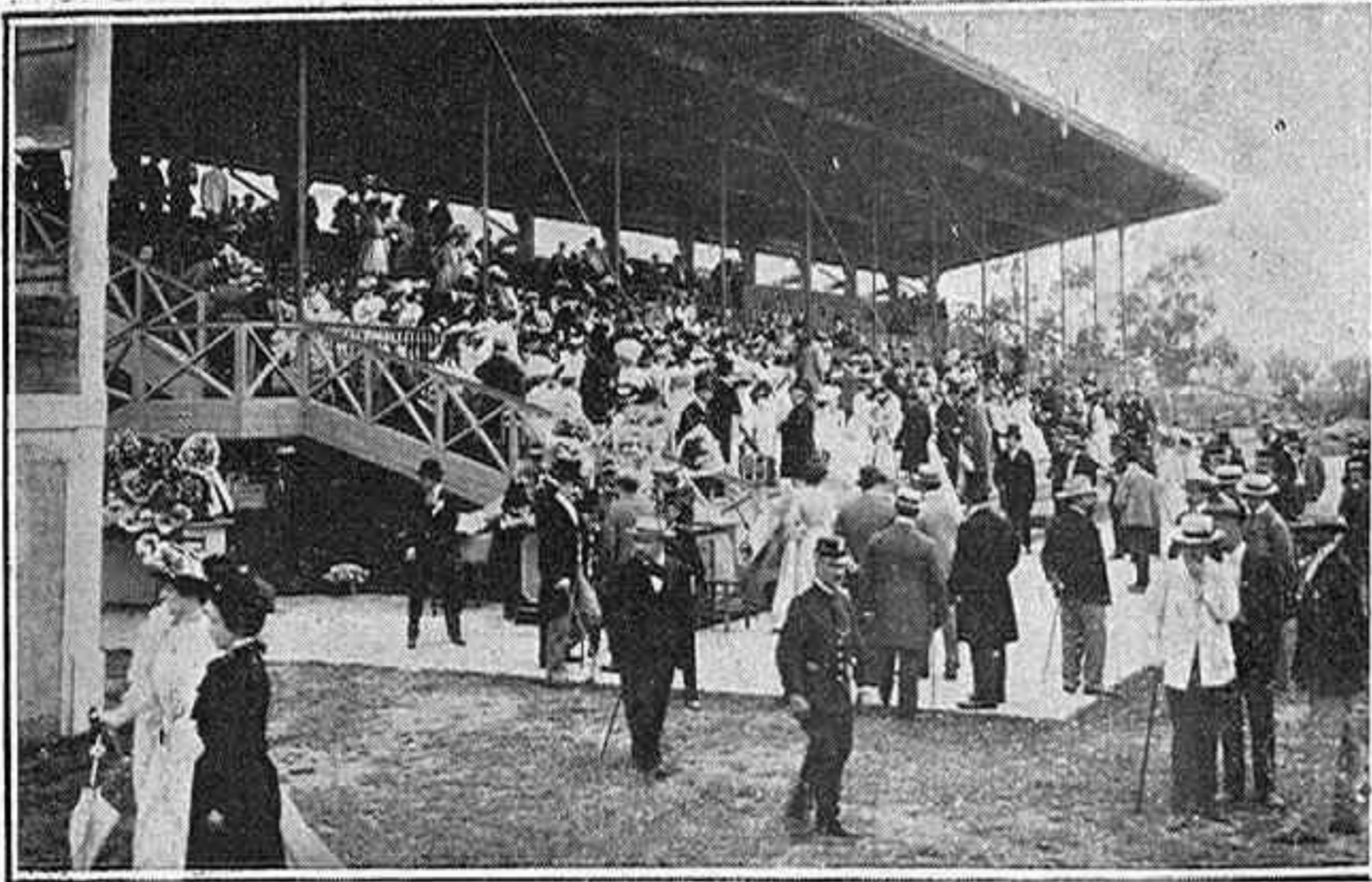




NÚM. 38





CARRERAS DE CABALLOS

Nos atrevemos á afirmar que, entre todos los deportes, es éste, cuyo origen se pierde en la historia de los tiempos, el preferido por las familias de elevada posición, que concurren á los hipódromos, ávidas de lucir sus lujosos trenes y sus elegantes *toilettes*.

Las noticias más remotas que tenemos de las carreras de caballos, datan de la antigua

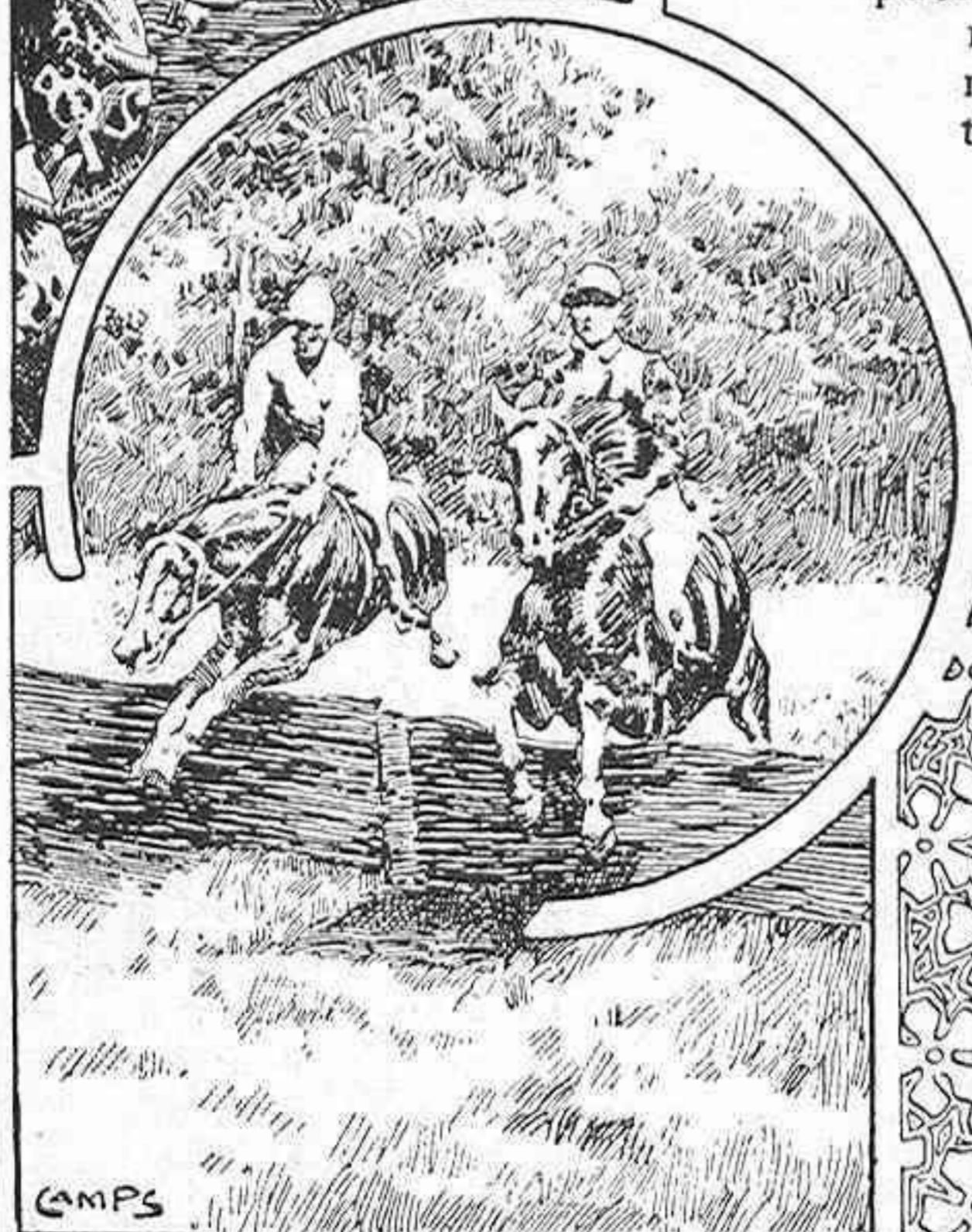
Grecia, en donde formaban parte integrante de todas las fiestas nacionales y muchas de las locales; concurriendo á ellas con entusiasmo hasta príncipes y esforzados guerreros, quienes ponían particular empeño en adiestrar á sus caballos para ese hípico ejercicio.

Roma, á continuación de Grecia, las adoptó también como uno de los deportes más practicados y favorecidos, siendo notables por la agilidad y destreza de que los jinetes alardeaban, sobre cabalgaduras en pelo, pues no se habían inventado aún ni los estribos ni las sillas de montar. En tiempo de Nerón se idearon también las carreras de caballos sin caballero, sueltos y desbocados, que se han conservado en Roma hasta estos últimos años; siendo tal la afición de los romanos, que llegaron á organizar carreras de asnos, de elefantes enganchados á carros de guerra, de camellos, de avestruces, etc.

Según los datos que se desprenden de ciertos documentos literarios y artísticos, los organizadores de las carreras modernas calcularon sus códigos y reglamentos sobre la organización de las carreras romanas.

Por lo que respecta á nuestros días, hemos de recordar que Inglaterra fué el país en donde primeramente se planteó de una manera racional y, si se quiere, científica, esa importante institución, de muy útil trascendencia para la cría caballar en el mundo civilizado. Allí se desarrolló bien pronto la pasión por las apuestas, que tomó un incremento extraordinario y causó numerosas víctimas. económicamente hablando, entre personas linajudas y acaudaladas, de familias reales inclusive; pasión que sigue todavía y constituye seguramente el mayor atractivo de la fiesta.

España fué de las últimas naciones que adoptaron el deporte hípico, pues no lo estableció definitivamente hasta el año 1845; no despertando nunca gran entusiasmo, á causa sin duda de la afición extraordinaria de los españoles, en general, á las corridas de toros, y eso que, tanto en Madrid, como en Barcelona y en varias otras ciudades de Andalucía, el desfile de carruajes y caballos constituye en tales espectáculos uno de los más hermosos y animados que pueda imaginarse. ¡Díganlo sino, nuestra Gran Vía y el Paseo de Gracia en tardes de carreras!



Dibujo de GASPARE CAMPES

Fotografías de S. Merletti.

LA TRALLA

V. NICOLÁS CUTANDA

La estupefacción fué unánime. El alegre ruido del cascabel, agitado por un trote rápido, había hecho volver la cabeza á cuantos campesinos trillaban en las eras bajo la lluvia del sol canicular, y acababan de distinguir un tílburí charolado de rojo, arrastrado por un alazán de mucho braceo y conducido por una dama rubia y joven que le guiaba con la maestría conque de seguro hubiera empuñado las riendas el lacayo que llevaba detrás de ella, preso entre las dos tablas de almidón de un cuello muy alto. La simple aparición del elegante tren no chocó á los campesinos. Cerca, á una legua escasa, existía en aquel llano vasco, uno de los balnearios de moda más frecuentados por la aristocracia madrileña, y no era raro ver á los señores de paseo en sus coches, carretera adelante.

Pero el asombro de los campesinos llegó hasta el alelamiento, cuando la dama paró en firme el carruaje de un tirón de bridas vigoroso, dió las riendas al lacayo que las cogió en el aire, se lanzó al suelo de un salto, sin miedo al polvo, y entrándose por los prados llegó á las eras, y encarándose con una chiquela que, cobijada en un sombrero de paja y sentada en su trillo guiaba un par de mulas de alzada, la dijo con algo de emoción en la voz:—¡Eh! muchacha. ¿Me quieres dejar que dé un par de vueltas?...

La copla soñolienta murió en el acto entre dos labios que se quedaron separados, mientras que la extrañeza hacía á la rapaza tirar maquinalmente de los ramales. Cuanto á la dama no esperó la respuesta, empujó con suavidad á la atortolada moza, que se dejó echar aturdida del trillo, y cogiendo con una mano las riendas, descargó con la otra un trallazo, al par que el tronco, asombrado del tirón vigoroso y del latigazo, enarcó las grandes orejas y arrancó á buen paso, con su señorita á la última moda parisién en pie sobre el carricoche, como una diosa moderna de la agricultura.

Primero fueron carcajadas las que estallaron en las demás eras. ¡Una señorona trillando! Todos los cantares extinguidos, todos los ojos mirando hacia donde la dama molía los rubios granos con su trillo, por un instante la faena general suspensa; luego, á las risas sucedió la admiración. ¡Vaya, qué bien lo hacía! ¡Ni que toa la vida hubia estao entre la parva! ¡Paecía mentira, siendo de los Madriles! La caprichosa sudando, roja, con las pupilas brillantes, destacando sobre la nota amarilla del trigo su figurita esbelta, envuelta en batista, con su sombrero de paja, castigaba las bestias sin perder el equilibrio, haciéndolas girar rápidamente. Al cabo se cansó, paró las mulas, soltó los ramales, sacó del bolsillo del vestido otro bolsillito de cadenilla de plata y de él un duro, y dándosele á la rapaza, montó de otro salto en su tílburí y, sacudiendo un fustazo al caballo, se alejó á la carrera, con su también aturdido lacayo, con el rostro á la vez radiante y triste y pensando para sí:

—No hubiera podido contenerme aunque hubiera venido con toda mi corte de gomosos y banqueros detrás. ¡Es la querencia del oficio! ¡Bah! Hubieran visto que la estrella de moda en el balneario, ha nacido de todos modos para manejar la tralla.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



PELANDO LA PAVA, EN VALENCIA.

Fot. J. Laurent y C.^a

ESCULTURAL

Labra el artista con cincel de acero
la tosca piedra para darle forma;
la chispa estalla y el semblante austero
surge esplendente de la regia Norma.

Vive y palpita en aquel mármol frío
todo un poema de pasión sublime,
mezcla de tedio y de dolor sombrío,
y hasta parece que en silencio gime.

La inspiración de su cerebro ardiente
dejó el artista ante pasión sin nombre,

y al contemplar el busto, su alma siente
poder extraño que revela al hombre.

Es lo sensual de la pasión salvaje
que se desborda en aquel pecho altivo
que á la belleza rinde vasallaje,
y de su obra inmortal vive cautivo.

La contempla extasiado y de su alma
se desborda un torrente de poesía,
y en el delirio, al naufragar su calma,
abrázala exclamando: — ¡Toda es mía!

LUIS MARTÍNEZ MARCOS

Santa Fe (República Argentina).

AMOR RIFEÑO



ANOCHECÍA cuando al volver Said del mercado, donde había ido á vender algún ganado, halló su casa abandonada.

Erkia, su mujer, había desaparecido, impulsada sin duda por el despecho que le produjera el violento altercado que antes de su salida habían tenido.

Mucho la había amado, pero hacía ya tiempo que el veleidoso diocesillo ciego, había huído de aquel hogar antes tan feliz, y hastiado de los encantos de Erkia, estaba decidido á separarse de ella. Por mucho entraba en su decisión los proyectos que abrigaba de empezar una nueva página de voluptuoso amor con su vecina Zohra, la hija del viejo Xej Abu Aziz, la perla de la comarca, que con sus coqueterías y excitantes atractivos le había envuelto en sus sutiles redes.

Alegróse, pues, el rifeño al pensar que la fuga de su esposa le ahorraba la molestia de repudiarla ante el Kadi, y los gastos, aunque pequeños, para él cuantiosos que esta formalidad exigía.

Pero, ¡ah! no contaba el buen Said con las inexplicables inconstancias del corazón humano, que tomando como punto de partida una pequeña causa, insignificante al parecer, trastornan las más firmes decisiones y los proyectos más halagüeños.

Un movimiento de su pie, le hizo tropezar con un objeto que al punto recogió del suelo, reconociendo ser el *alcarab* de su amigo Alí.

Una extraña sensación de estupor se apoderó de él. ¡Cómo estaba allí aquel objeto! fué su primer pensamiento. Pero en seguida, una idea pasó por su cerebro como un chispazo eléctrico, y, ciego de furor y de rabiosos celos, precipitóse fuera de su casa con la *gumia* en una mano y en la otra el *alcarab* de su amigo Alí. Mientras á la casa de éste dirigía sus atropellados pasos, cruzaron por su calenturienta imaginación como en vertiginoso kaleidoscopio las más tiernas escenas de su amor con Erkia: la vió cuando por primera vez, trémula y palpitando de voluptuosidad, se echó en sus brazos; cuando acechando su vuelta del *soks* en los primeros tiempos de su matrimonio, esperábalo en la puerta de su casuca, ansiosa de su vista y de sus caricias; cuando su enfermedad, causada por la herida que le produjo un *askri* en la expedición que para cobrar impuestos envió el Sultán contra sus indomables y altivas cábilas rifeñas, cuidábalo como una leona cuida á su cachorrillo herido; cuando en las frías y largas veladas del crudo invierno, arrimados muy juntitos al fuego, referíale ella los cuentos y leyendas de fantásticas aventuras que tenían por imponente escenario las venerables y misteriosas montañas del Atlas.

Comprendió entonces que revivía en toda su pristina fuerza su antiguo amor por Erkia y, convencido por la prueba que en su siniestra mano llevaba de que ésta había huído con su infiel amigo, á la casa de éste se dirigió sin vacilar.

A su irresistible empuje cayó con estrépito la puerta; la escena que se presentó á su vista le dejó mudo de sorpresa, escapándosele de las manos la gumía y el alcarab. En el centro de la única habitación, muellemente tendidos sobre blandos cojines, se hallaban entretenidos en dulce coloquio, su amigo Alí y la bellísima Zohra, la hija del viejo Xej Abu Aziz.

Desagradablemente sorprendido Alí y malhumorado por la brusca irrupción de su amigo, increpó duramente á Said, pero éste, al bajar los ojos, confundido por la turbación, los fijó en el alcarab que había traído, y recogéndolo de nuevo le dijo, temblando de ira:

—¿Cómo estaba tu bolsa en mi casa?

—Pues sencillamente, porque la llevé yo esta tarde para rogarte que cuando fueras al pueblo, la entregaras al maestro con objeto de bordarle el tahalí; como tú no estabas, le supliqué á tu mujer que te transmitiera mi encargo, y allí la dejé.

—Pero, ¿y mi mujer dónde está?

—¡Qué sé yo de tu mujer! ¿soy quizás su esclavo ó su eunuco, para guardarla?

Sin responder una palabra salió Said de la casa de su amigo, dirigiendo al pasar una mirada de desprecio á Zohra, y con desiguales pasos, como un beodo, cruzó inconsciente por campos y caminos, sin saber á donde dirigirse. Al bordear un barranco, unos tristes quejidos que salían del fondo le volvieron á la realidad. Aplicó el oído acercándose con precaución, y entonces distinguió claramente que eran lamentos de una persona que se hallaba en el fondo.

Una sospecha pasó por su imaginación y, valiéndose de mil precauciones, logró llegar al fondo del abismo. Su propia mujer, la infeliz Erkia se hallaba allí casi exánime y con la ropa destrozada. Refirióle cómo habiendo ido á llenar un cántaro á la fuente, resbalóse al apoyar el pie sobre una piedra insegura, cayendo despeñada por el espantoso precipicio y causándose muchas contusiones en el cuerpo, y en la cabeza una profunda herida que le había hecho perder mucha sangre.

Conmovido por este relato y pesaroso de la sospecha que había abrigado respecto á la fidelidad de su mujer, abrazóla tierna y cariñosamente y con grandes precauciones y cuidados logró transportarla hasta su casa, que no se hallaba muy lejos. Y es fama que tan bien se llevaron en lo sucesivo ambos esposos, que las madres rifeñas todavía recuerdan aquel matrimonio modelo y desean para sus hijas un marido tan fiel y tan amante como lo fué siempre Said de Erkia, la de las trenzas de oro.

RICARDO RUÍZ

Tánger, (Marruecos).



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

UNOS le toleraban, á otros les era indiferente, algunos le despreciaban, y todos abusaban de él, sin que ninguno experimentase el menor remordimiento.

Anacleto López había nacido indudablemente para servir á las gentes y para que las gentes se sirvieran de él; y los tertulianos de la mesa del fondo del Café Nacional aceptaban el hecho sin buscarle explicaciones, como la cosa más natural del mundo.

¿Quién era Anacleto López? *Uno.*

¿De qué vivía? ¿A qué se dedicaba? ¿Quién se había presentado en la tertulia?

Preguntas eran éstas á las que ninguno de los tertulianos estaba en condiciones de contestar satisfactoriamente.

Lo único que sabían era que se llamaba Anacleto López, y esto, no porque nadie hubiera tratado de inquirirlo, sino porque el mismo



tras los tertulianos hablaban de política, religión, artes, ciencia, mujeres, Anacleto permanecía en el más absoluto silencio, y solamente, alguna vez que otra, se permitía imperceptibles signos de aprobación con la cabeza.

En cierta ocasión en que, al discutirse la inmortalidad del alma, se permitió decir—*tan cierto como me llamo*—que el orador hablaba de perlas, fueron recibidas sus palabras, incluso por el mismo á quien alababan, con inusitada sorpresa y verdadera indignación. «¡Cómo! ¿Qué entiende usted de eso? ¡A callarse, *Eto!*!»

Y *Eto*, colorado hasta las orejas, se calló sin rechistar y, como acto expiatorio, pagó aquella noche el gasto general y prestó diez pesetas al que más le había denostado, el cual se las embolsó con olímpico ademán.

Aquella era la cuarta noche que llevaba Anacleto López sin asistir á la tertulia.

Los tertulianos hicieron constar el hecho la primera noche; en la segunda, únicamente uno que contaba con *Eto*, para tomar unos langostinos, exclamó malhumorado: «¿Dónde demonios estará ese?»; á la tercera noche nadie le recordó como no fuera acaso *in mente*.

Aquella era la cuarta, como ya he dicho, cuando á eso de la una de la madrugada se acercó á la tertulia un viejecito humildemente vestido, pero con aspecto de haber conocido mejores tiempos.

Se descubrió respetuosamente y dijo:

—Señores, perdonen ustedes, con su permiso... ¿No son ustedes los señores amigos de don Anacleto López?

Asombro en todos los oyentes, como si les hubieran preguntado la cosa más extraordinaria.

interesado se cuidaba de afirmarlo siempre que tenía ocasión de desplegar los labios.

«Tan cierto como me llamo Anacleto López...», decía al empezar todas sus frases.

Por supuesto que sus frases eran siempre como éstas:

«Tan cierto como me llamo Anacleto López, que tengo mucho gusto en prestarle á usted cinco pesetas.»

«Tan cierto, etc., que iré con el mayor agrado á entregar esa carta que tanto le interesa... «que saldré yo mismo á traerle á usted la cajetilla... «que le dejaré el paraguas...»

Y así por el estilo.

Dejaba el paraguas y se mojaba, llevaba cartas que le proporcionaban el enojo del destinatario, compraba cajetillas para otros con el dinero propio y prestaba duros sin interés... y sin reembolso.

Y sin embargo era visible que Anacleto gozaba cuando le pedían ó le encargaban algo, y se entristecía cuando prescindían de él.

Era el primero que llegaba á la tertulia, á las once de la noche, y allí se estaba hasta que salían los últimos, á las tres ó á las cuatro de la madrugada. Mien-



—Amigos de don... dice usted— articuló por fin uno de los asombrados.— Sí, hemos conocido á *Eto*.

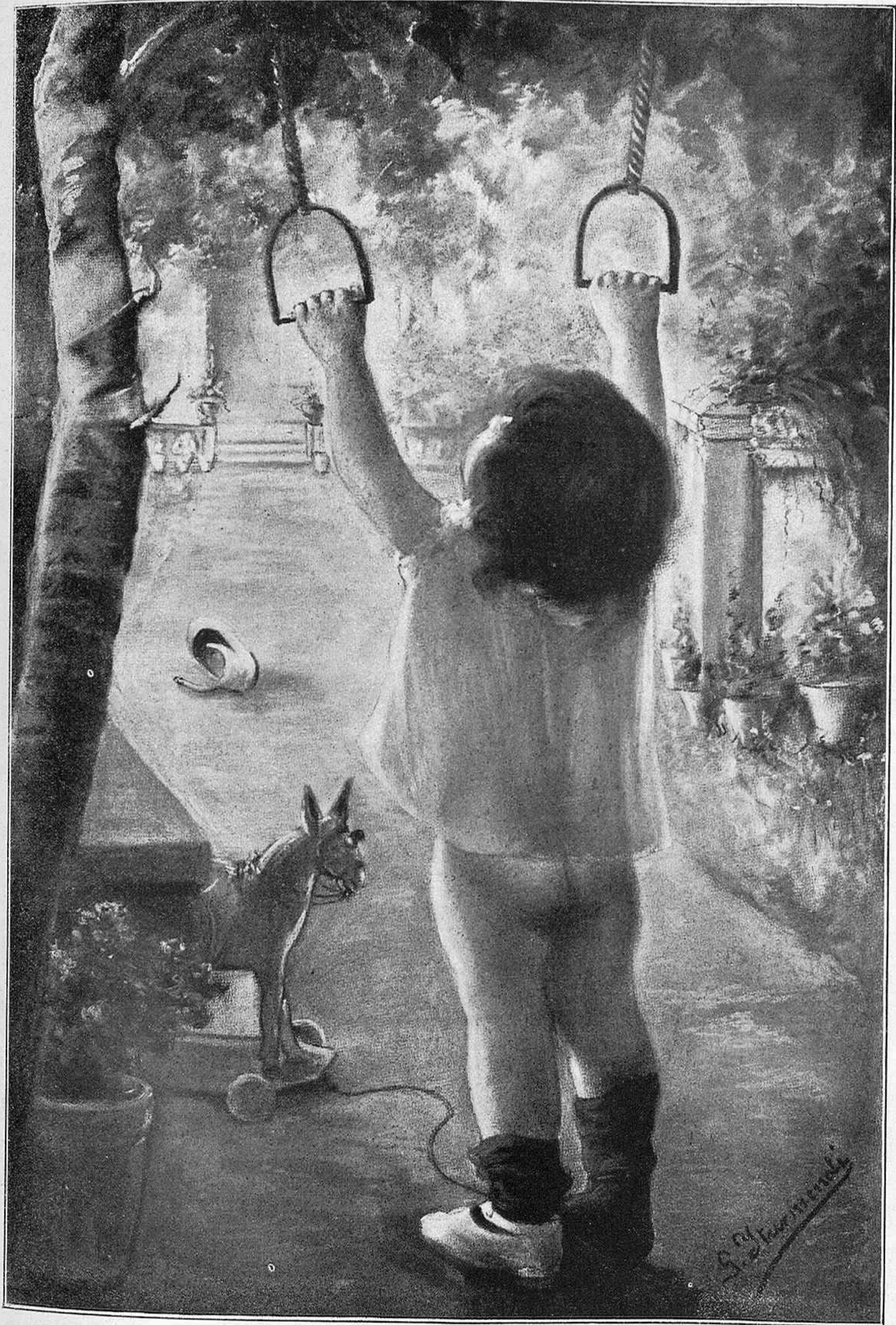
—Señores, perdonen ustedes— replicó el viejo.— Don Anacleto López, mi querido amo, está muy enfermo... y ha perdido toda su fortuna... y creo que se va á morir...

Nuevo asombro, verdaderamente estupendo esta vez.

Y no se asombraban de que *Eto* pudiese morir; se asombraban ante la inesperada revelación de que fuese amo de alguien y hubiera tenido fortuna.

¡A ver, á ver!

Y el pobre viejo, con temb'orona voz y los ojos llenos de lágrimas, refirió que don Anacleto López, su señorito, su querido amo, había sido el sér más desgraciado de la tierra, que se quedó huérfano siendo muy niño, que se murió su novia (¡también había tenido novia!) cuando se iban á casar, que había tenido muy malos amigos—no lo decía por los allí presentes— los cuales todos se burlaron de él y le mermaron considerablemente lo poco que heredó de sus padres, arruinados casi poco antes de morir, y que, por último, había quebrado la casa de comercio en la que Anacleto depositara todo su patrimonio, coincidiendo la quiebra de la casa con una pulmonía cogida por el estafado... pero que él (el viejo y fiel servidor) tenía aún confianza en Dios, y que... que esperaba que aque-



DEL NATURAL.

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

llos señores, los buenos amigos de don Anacleto, acudirían á socorrerle... Su querido amo vivía en la calle de tal, piso último interior... aunque pocos días antes habitaba en el exterior primero.

Calló el viejo y se callaron todos. Reinó un silencio abrumador, interrumpido al fin por el más sereno y más altruista de los tertulianos, que dijo:

—Perfectamente... ya... ya veremos... Dele usted... recuerdos y... que se alivie.

Miróle el viejo, miró á todos y salió del café tambaleándose.

Cuando quedaron solos los tertulianos se oyeron las siguientes frases, mezcladas al ruido de las cucharillas al disolver el azúcar en el agua con gotas:

—¡Quién había de pensar en eso!

—Ya, ya.

—Pues el caso es que yo no puedo ir mañana en manera alguna, porque tengo tanto que hacer...

—Tampoco yo, porque... claro...

—Sí, claro, ¡puede uno hacer tan poco!

—Nada, no puede uno hacer nada.

—¡Nada!

Y efectivamente, nadie hizo nada.

Por fortuna, Anacleto descansó en el séptimo día de su pulmonía.

Y seguramente *vió que su obra había sido buena.*

LUIS DE TERÁN

Ilustrado por A. SERIÑÁ.

MISTERIOS SOCIALES



No, mis queridos lectores, no es «alucinación de la mente acalorada» como dijo San Pablo; es un hecho real y positivo repetido hasta la saciedad y al propio tiempo un verdadero enigma para mí.

Me refiero á la existencia de esas familias—ustedes conocerán algunas—que no hay quien sepa cómo viven, ni de qué viven, aunque es de suponer que vivan de milagro. Abundan mucho los sueldos cortos.

Cortos y estrechos, como dice un vecino mío, que es oficial quinto con entresuelo.

Con entresuelo y sin ascensor. Porque no hay jefe que le ascienda.

¡Y qué fecundos suelen resultar los padres que disfrutan de cortos haberes!

Hay empleado de seis mil reales que reúne seis hijos y vísperas sicilianas de otro, ó de otros dos.

A lo mejor un jefe de Administración que, según confesión propia, puede apenas sostener decentemente al destemplado terceto de vástagos conque Dios le ha

favorecido, se encuentra al bueno de Aguado, á uno de sus escribientes que va tan orondo en compañía de su costilla y de su media docena de retoños.

—¿Cómo vivirán esos infelices, Policarpo?—le pregunta al jefe su esposa, mirando de reojo á la citada familia, que parece una comparsa.

—No lo sé, Crescenciana—responde el marido.—El tal Aguado lleva seis años á mis órdenes y todavía no le he podido calar. ¡Es lo más impermeable!... Sólo conozco sus rasgos.

—Pues entonces...

—Me refiero á los de sus letras. No parece sino que ha nacido haciendo esos. ¡Y si vieras qué jotas hace!...

—¿Aragonesas?

—No, mujer; góticas. Como que es un gran pendolista.

—¡Ah! ¿sí? Pues podía componernos el reloj del comedor.

—¿Y qué entiende de eso?

—¿No dices que es pendolista?

—Quiero decir que hace las letras con perfección suma y las adorna de un modo que á lo mejor no sabes lo que ha querido escribir.

—Pues yo creí que á los maestros de escritura se les llamaba centígramos.

—Callígrafos querrás decir.

—Tienes razón, Policarpo.

El caso es que Aguado, el escribiente, va de paseo con su gabán teñido pero honrado, su lustrosa chistera y sus botas de becerro económico. La escribienta lleva su faldita de lana agridulce, sus guantes color «ama-seca», y su capota en forma de escribanía profusamente adornada con flores cordiales y pájaros fritos. Y delante de ambos esposos, al parecer felices, caminan tres niños como tres mochuelos, pero decentemente vestidos, y tres niñas almidonadas y huecas como tres campanas huérfanas de badajo, rematando el paseo con un café por barba y coronando el día con la asistencia á un teatro cualquiera.

¿De qué modo estira sus veinticinco duros mensua-



Y es lástima que no lo diga; porque á mí me tiene lleno de curiosidad.

Por más que me devano los sesos, confundiéndolos neciamente con una madeja de estambre, no doy en el *quid* de lo que hacen. Porque los amigos que prestan dinero no lo prestan más que una vez; la lotería no suele caer *mayormente*; y si bien los objetos empeñables pueden cumplir su misión, el funcionario que empeña un traje, aunque desempeña un puesto, suele quedarse con el puesto, pero sin el traje. Y de ahí no pasa. De modo que también hay una limitación angustiosa respecto al recurso de los empeños.

Repito que no salgo de mi asombro al ver cómo viven años y años algunos empleados de probidad reconocida, más favorecidos por la naturaleza que por el presupuesto. Mas no es cosa de que, existiendo un recurso para vivir relativamente bien, lo ignoremos nosotros, ni tiene gracia que mientras algunos sujetos explotan el misterioso recurso, otros tengamos que empeñar hoy hasta el queso de Villalón que ayer nos permitimos adquirir en concepto de humilde postre.

Así, pues, yo procuré averiguar de qué modo se obra el milagro y tendré el gusto de comunicárselo á ustedes, seguro de que tan interesante descubrimiento no caerá en saco rato.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



les el celoso funcionario para cubrir los gastos de su casa? Se ignora.

Esto constituye el más insondable de los misterios.

Y cuenta, que Aguado no pasa de ser escribiente pelado, no obstante la melena que gasta. Quiero decir que no es de esos vividores que se dedican á varias ocupaciones á la vez, como cierto sujeto que yo conozco, el cual de 7 á 9 de la mañana copia comedias, de 9 á 11 fabrica hojaldres, de 11 á 12 afeita á un marqués, de 12 á 5 trabaja en Gobernación, de 5 á 7 es profesor de francés para casa de los padres, de 7 á 9 compone paraguas y de 9 á 12 toca la trompa en el circo.

Aguado es oficial á secas, á pesar de su apellido húmedo, y se dedica sólo á estropear expedientes de doce á cinco y á exhibir á su apreciable familia de cinco en adelante, como quien exhibe una *menagerie*.

¿Cómo se las arregla para vivir?

¿Cómo se las arreglan muchos que se hallan en el mismo caso y no tienen ingleses conocidos?

¡Dios lo sabe!

¡Pero no lo dice!

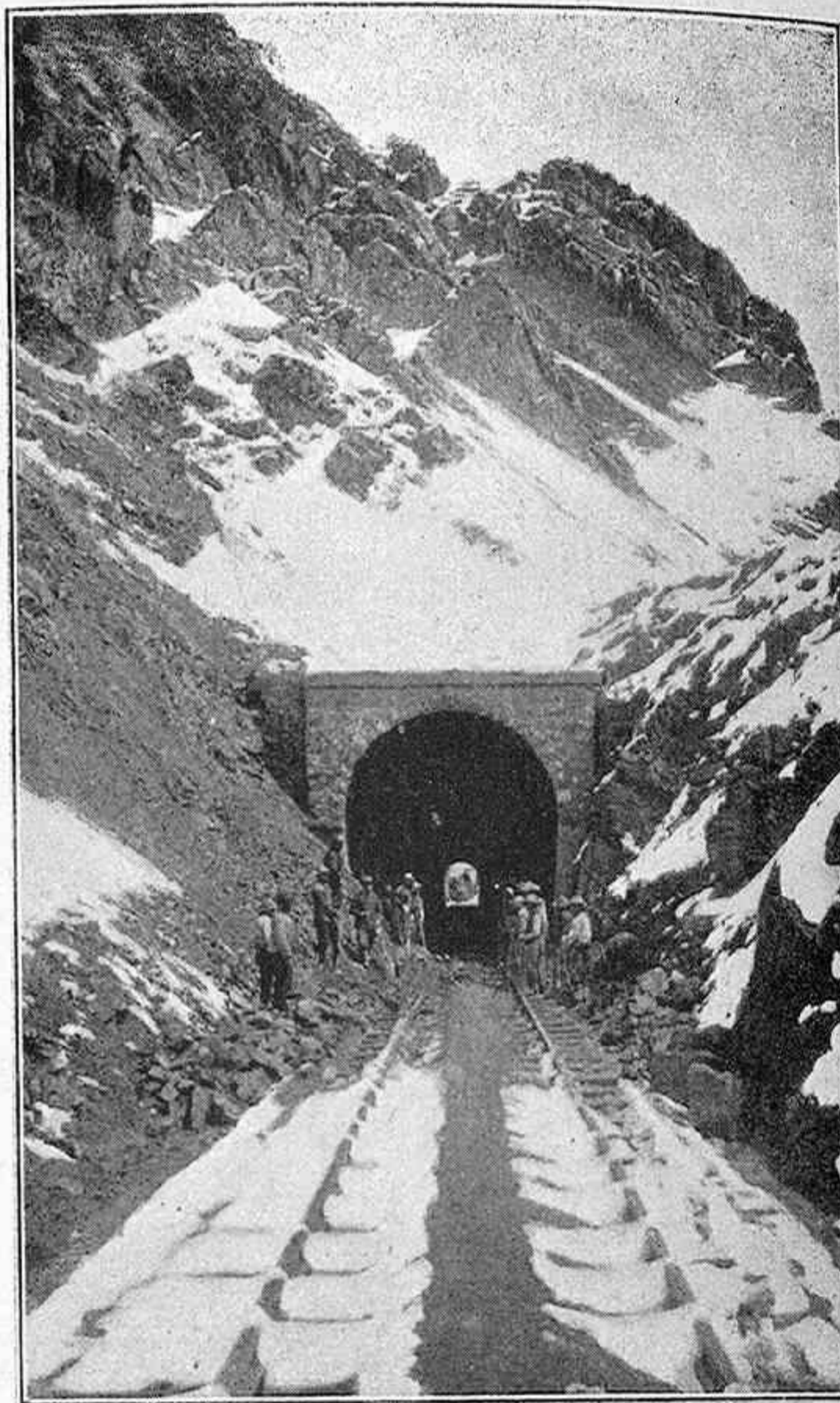


Ilustraciones de T. GASCÓN.





DERRUMBE EN EL FERROCARRIL TRASANDINO.



EL INFIERNILLO.—FERROCARRIL TRASANDINO.

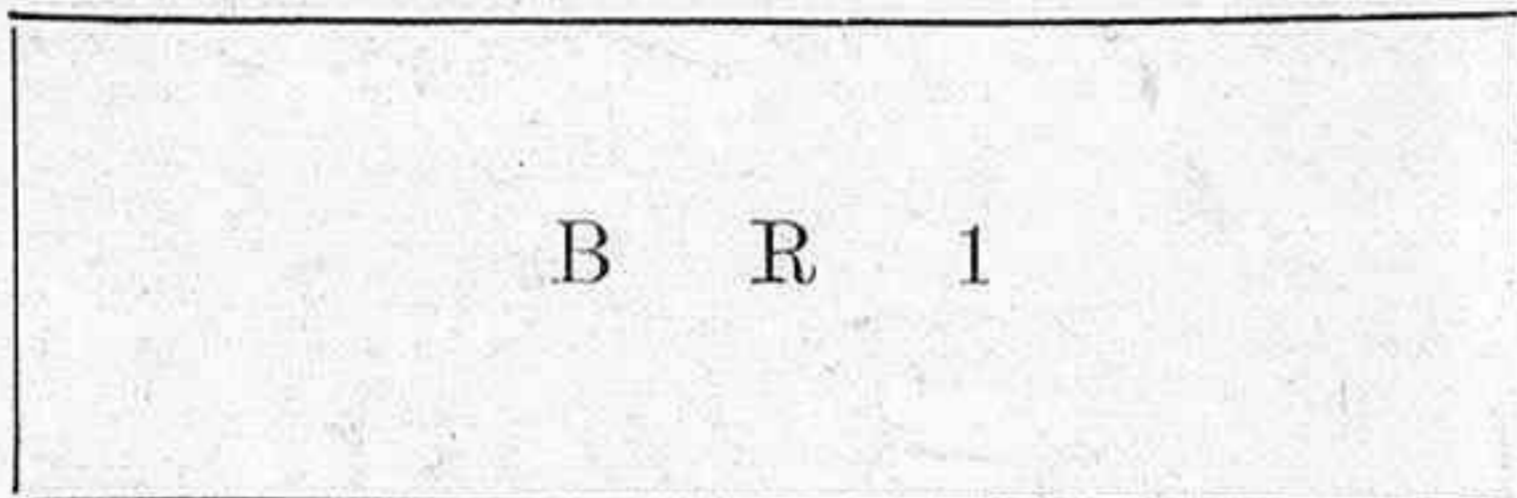
PASATIEMPOS

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Población importante
- 4 9 4 5 3 7 6 2 — Objeto de cocina.
- 1 9 2 1 5 7 — Oficio.
- 4 7 6 5 3 9 — Epidemia maligna.
- 1 9 3 4 7 — En el mar.
- 6 5 7 8 — Animal.
- 9 8 2 — Nombre de mujer.
- 6 9 — Nota musical.
- 5 — Vocal.

UN HORTERA.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



J. TALLADA.

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO 36.

Jeroglífico. — Ayudante.
Jeroglífico comprimido. — Redoble.

Charada. — Blasfemia.

Acróstico. —

mar	domar
no	reno
seria	miseria
bula	fáfula
dados	soldados
cayo	lacayo
ria	siria
ce	doce

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Cuando el señor Sagasta se toque la mejilla, dirán Si los señores siguientes:

Cortinas.—Cruz.—Delgado.—Gallardo.—Limón.—Gallo.—Ballesteros.—Herrero.—Oliva.—Lavid.—Miravete.—Ramos Calderón.—Tenorio.—Ribera.—Torre Quiza.—Cid Santiago.—Cortijo.—Aspas.—Gamo.—Casti.lo—Arroyo.—Calvo León.—Becerra.—Cervantes.—Girón.—Comas.—Salacaba.—Aguilera.—Alvarado.—Palacios.

Y dirán NO:

Burgos.—Santa Cruz.—Rosal.—Ybarra.—Mataix.—Ciervo.—Espada.—Silvela.—Romero Robledo.—Muro.—Pí.—Bustillo —Paraíso.—Abreu.—Gamazo.—Castellano.—Prado.



1



2



3



4



5



6



7



8



9

CARTELES

ARTÍSTICOS

C. LICHT



SERIE 1.^a

NÚM. 38

*Cartel anunciador de la
Fábrica de papel de
fumar «Le Suez», en
Perpiñán (Francia).*